

América Latina: militarismo, democratización, ajuste estructural y nuevas propuestas estratégicas*

Theothônio dos Santos

Resumen

Este artículo ofrece una amplia reflexión sobre las diferentes etapas recorridas por América Latina desde la década de los sesenta –militarismo, democracia y ajuste estructural– para finalizar en una serie de propuestas cuya viabilidad, según el autor, depende de un análisis correcto de las tendencias globales que prevalecen hoy en día en América Latina y, por lo tanto, de un gran esfuerzo común para desarrollar la investigación y la enseñanza.

Abstract

This article offers an overview of the different periods that Latin America undertook since the 1970s: militarism, democracy and structural adjustment. According to the author, in order to make thoughtful analyses on Latin America, we ought to consider the globalization process undergoing in the region.

Los regímenes de seguridad nacional

Durante las décadas de los sesenta y setenta América Latina, en particular, y los países en desarrollo en general, fueron afectados por severos golpes de Estado militares que establecieron un nuevo tipo de régimen militar de carácter institucional. Estos regímenes estuvieron basados en la doctrina de seguridad nacional y en tácticas de contrainsurgencia, ambos creados por escuelas militares y por algunos centros académicos estadounidenses.

La doctrina de seguridad nacional defendía la idea de que el enfrentamiento entre democracia y comunismo no sólo era una guerra frontal entre Estados sino principalmente una lucha interna en cada país. De acuerdo con esta doctrina, el comunismo desarrolló una estrategia de guerrilla y de guerra psicológica que amenazaba internamente la seguridad nacional de cada país. Esta situación obligó a cada ejército nacional a desarrollar una doctrina de seguridad nacional basada principalmente en tácticas de contrainsurgencia.

La contrainsurgencia no solamente exigía tácticas militares con fuerzas armadas irregulares (marines y de otro tipo), sino también una intervención política en las

* Traducción del portugués a cargo de la Profa. Clara I. Martínez Valenzuela.

comunidades amenazadas por medio de políticas de desarrollo de estas sociedades, teniendo como objetivo la obtención de su apoyo político. En caso de que la guerra de guerrilla y la guerra psicológica fueran desarrolladas al nivel nacional, las intervenciones deberían asumir la forma de intervención militar en el Estado nacional para adecuarlo a las necesidades de la seguridad nacional.

Estos fueron los principios doctrinarios de la intervención militar en las décadas de los sesenta y los setenta. Además de eso, analistas sociopolíticos esgrimieron argumentos más convincentes a favor de los regímenes militares. Algunos autores afirmaban que el desarrollo económico (Rostow, 1971) dependió del liderazgo de la clase media en Europa y en Estados Unidos. Como este grupo social no existía en los países subdesarrollados, las élites sociales deberían sustituirlo, desde el momento en que estaban en contacto con ideas y conceptos modernos. Entre estas élites (intelectuales, estudiantes, empresarios, campesinos, etcétera), los militares representaban el grupo mejor preparado para orientar el programa de desarrollo, asumiendo el liderazgo de un Estado nacional moderno y eficiente.

Esta doctrina tuvo otras características que no serán desarrolladas en el presente trabajo. No obstante, es importante llamar la atención sobre sus relaciones con el programa de ayuda externa del gobierno norteamericano, sobre todo la Agencia Internacional de Desarrollo (AID) o la Alianza para el Progreso. Este programa estaba además vinculado a un poderoso movimiento de inversiones internacionales directas apoyado por agencias gubernamentales como el Eximbank, o incluso por agencias multilaterales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional.

Dichas acciones fueron reforzadas por la diplomacia estadounidense por medio del Servicio de Información de Estados Unidos¹, por el servicio de inteligencia (sobre todo la CIA) y por movimientos político-civiles controlados por la CIA (Peace Corps., AFL-CIO y otros). En el aspecto militar, la Doctrina de Defensa Hemisférica propone, desde 1947, una estrategia militar común para defender a América de invasores externos (principalmente soviéticos que pasaron a ser los "enemigos externos" después de la victoria contra el nazismo). En los años sesenta y setenta la doctrina hemisférica se combinó con la doctrina de seguridad nacional dando lugar a la noción de "enemigo interno".

Como consecuencia de lo anterior se da una fuerte articulación entre libre mercado, políticas económicas liberales, apertura al capital internacional, economías orientadas a la exportación, ayuda externa, regímenes autoritarios, ideologías anticomunistas y administración tecnocrática y militar.

Este sofisticado aparato estatal, privado y social, actuó de acuerdo con una concepción estratégica común. De esta manera, es difícil aceptar la tesis de Samuel Huntington (1994) según la cual los regímenes militares representaban una "ola" espontánea. Al contrario, es posible analizar la existencia de tan

¹ United States Information Service.

sofisticado aparato institucional antiinsurgencia y antipopular como una respuesta a la espectacular ola revolucionaria y democrática de estos países, la cual tuvo que enfrentar la oposición de Estados Unidos en alianza con las clases dominantes locales y las nuevas élites tecnocráticas.

¿Cuál es la razón del compromiso antidemocrático asumido por Estados Unidos en estos países? En Japón y en algunos otros países como Corea del Sur y Taiwán, Estados Unidos apoyó la reforma agraria y otras medidas anti-monopolistas y anti-oligárquicas. La potencia capitalista pretendía neutralizar la expansión china, vietnamita o coreana, así como la presencia de tropas soviéticas en la región. Sin embargo, en América Latina y en otras partes del mundo, en las cuales los intereses estadounidenses tenían un espacio social y económico relativamente grande para penetrar sin una amenaza de revoluciones socialistas, Estados Unidos siempre optó por la formación de una alianza con las oligarquías locales extractoras o agro-exportadoras. En algunos casos, las empresas norteamericanas fueron las responsables directas por la explotación económica del monocultivo exportador, como fueron los casos de Guatemala, Honduras o Cuba. En América Latina, la estrategia de la unidad hemisférica constituyó también un apoyo importante a las oligarquías políticas locales.

Chile fue el único país latinoamericano donde el gobierno de Estados Unidos apoyó políticas reformistas. En 1964 Eduardo Frei, un líder demócrata-cristiano, se oponía a la Unidad Comunista-Socialista que apoyó a Salvador Allende en dos ocasiones (Allende venció hasta la tercera vez que participó en la contienda presidencial, en 1970, debido a la insuficiente política reformista de la Democracia Cristiana que atrajo hacia el campo popular a parte de los radicales y de los demócrata-cristianos). En los demás países de América Latina la intervención norteamericana se enfrentó a líderes y movimientos populistas y reformistas. La política estadounidense entonces estuvo en contra de Juan Domingo Perón en Argentina (apoyando y promoviendo el golpe de Estado de 1955); de Getúlio Vargas en Brasil (conduciendo el movimiento por el *impeachment* que fue detenido en parte por el suicidio de Vargas, en 1954); de la revolución en Bolivia, en 1952, bajo el liderazgo del Movimiento Nacional Revolucionario (brindando su apoyo a la reconstrucción de un Ejército Nacional que tomará el poder en 1961 por medio de un golpe de Estado); de Jacobo Arbens en Guatemala (donde la invasión al país estuvo organizada por la CIA en 1954); de la Revolución Cubana en 1958-1959 (donde al principio los liberales americanos apoyaron el levantamiento castrista pero adoptaron la estrategia de enfrentamiento con el gobierno de Fidel Castro después de la reforma agraria y de la nacionalización de las compañías petroleras).

En la década de los sesenta estas iniciativas diplomáticas y subversivas alcanzaron otra dimensión con el golpe de Estado en Brasil (1964). Después de estos acontecimientos, Onganía intentó un nuevo golpe militar en Argentina en 1966. Luego de avances y retrocesos, el ciclo autoritario argentino culminó con el golpe de Estado de Videla en 1976. El autoritarismo latinoamericano continuó en Bolivia en 1971, en Uruguay y en Chile en 1973. Vale la pena destacar que a

mediados de la década de los setenta sólo México, Venezuela y Colombia contaban con regímenes democráticos en América Latina.

La reconstrucción liberal y la onda democrática

Es importante señalar que existió una doctrina alternativa a la Doctrina de Seguridad Nacional. Algunos ejércitos nacionales entendieron que la amenaza guerrillera era consecuencia de la injusticia social, de la sumisión nacional a intereses externos y a la oligarquía política. Desde este punto de vista, la política de seguridad nacional debería tener como base la reforma agraria, la nacionalización de las compañías extranjeras que explotan al país y políticas de emancipación social. Tal fue el caso de la Revolución Peruana liderada por el ejército en 1968. Esta concepción también fue asimilada por el general Juan José Torres en Bolivia y por el general Omar Torrijos en Panamá. En realidad, en cada ejército latinoamericano existía una fracción militar inspirada en el nacionalismo del ejército peruano. En África y en Medio Oriente se dio una sucesión de golpes militares de carácter progresista, los cuales incluso dieron lugar a regímenes de inspiración "marxista-leninista", como en Etiopía, o los regímenes de "socialismo árabe" como el de Kadafi en Libia. En 1973, Huntington escribió un artículo sobre el peligro del nacionalismo militar, el cual opone el Estado nacional a la internacionalización y a las corporaciones multinacionales.

De esta manera, los regímenes militares, que tuvieron al principio una política económica y liberal, replantearon su posición adoptando medidas de inversión estatal, de nacionalización y de políticas económicas anti-liberales. Este periodo está relacionado con la creación de la OPEP, la Carta de los Derechos Económicos de los Estados en la Organización de las Naciones Unidas, la coordinación de los productores de materias primas por la UNCTAD y otras políticas económicas intervencionistas que abogaban por un nuevo orden económico internacional. Los regímenes militares, por lo tanto, no estuvieron totalmente ajenos a la nueva realidad de la ola revolucionaria que se vivió en ese periodo.

Esta nueva realidad dio origen a una profunda revisión estratégica que dio un importante viraje con la "crisis del petróleo" de 1973 y con la derrota estadounidense en Vietnam. En ese momento la Comisión Trilateral apareció como el principal centro estratégico. La estrategia de la Trilateral consistía en la idea de que los países del Sur estaban en rebelión abierta en contra del Norte, en posible alianza con los países socialistas. Como una manera de enfrentar esta tendencia era necesario entonces unir al Norte (Estados Unidos, Europa y Japón, la Alianza Trilateral), dividir al Segundo Mundo (incitando el conflicto entre China y la Unión Soviética), y conjurar una posible alianza entre el Segundo y el Tercer Mundo, ofreciendo una *entente* con los países socialistas y adoptando una posición especial hacia algunas economías subdesarrolladas, periféricas y dependientes en las instituciones internacionales. Finalmente, era necesario dividir al Tercer Mundo con políticas de presión, por un lado, y el ofrecimiento de ayuda

económica y préstamos (sobre todo usando el reciclaje de los petrodólares), por el otro.

La política de derechos humanos tuvo un papel fundamental en esta estrategia. Los gobiernos estadounidenses, desde la administración Carter, iniciaron una política de apoyo a los movimientos democráticos contra las dictaduras militares que mismo Estados Unidos había creado y apoyado anteriormente. En consecuencia, los regímenes dictatoriales fueron obligados a aceptar una política de "apertura". La socialdemocracia europea fue movilizada en la misma dirección con el objeto de crear una onda liberal en los países del Tercer Mundo. En la década de los ochenta, logrados gran parte de los procesos de liberación política, la ideología económica neoliberal, expresada en el consenso de Washington, unió a los gobiernos norteamericano y británico en una perspectiva conservadora –con el apoyo de la Democracia Cristiana e incluso de algunos sectores de la socialdemocracia– en el sentido de imponer políticas de ajuste estructural en los países subdesarrollados ejecutadas bajo el liderazgo del FMI y del Banco Mundial.

En efecto, en la década de los ochenta fueron evidentes los efectos del proceso de "democratización" global conducida por partidos liberales y conservadores que crearon un mapa internacional completamente diferente. Esta ofensiva incluyó a los países socialistas, especialmente a partir de 1985. La democracia surge "desde arriba", como un rayo caído del cielo, en América Latina, África, Asia, Europa Oriental y la Unión Soviética. Los gobiernos de China, Corea del Norte, Vietnam y Cuba son los únicos en mantener algunos principios básicos del sistema de partido único. A pesar de esto, también están en proceso de cambio.

No es verdad que estos cambios democráticos ocurrieron siempre "de arriba hacia abajo". África del Sur, Brasil, Filipinas, Nicaragua, Rusia en parte y Polonia, así como otros procesos de democratización, tuvieron un importante apoyo popular. No obstante, en gran medida se mantuvieron bajo la hegemonía fundamental de las fuerzas conservadoras que dirigieron a nivel internacional el proceso de liberalización.

Derechos humanos, liberalización e incluso estrategias de democratización tienen una importante relación con la oposición a los regímenes militares nacionalistas. El centro del sistema mundial reconoció que entre los militares había una tendencia peligrosa al nacionalismo, lo que hacía difícil la conducción de los regímenes nacionalistas o no.

En términos generales, las fuerzas conservadoras nacionalistas de los países subdesarrollados se mostraron cada vez más como una resistencia peligrosa a la globalización y a los principios neoliberales. En algunos casos, social-demócratas y socialistas parecen adaptarse mejor a la integración global y liberal que los partidos conservadores o los viejos partidos nacionalistas. El derechismo populista de Ronald Reagan y Margaret Thatcher también fueron favorables al globalismo. Aún así, Estados Unidos y la Gran Bretaña se encontraban bien "plantados" frente a los procesos de globalización, por lo menos en su fase inicial. De esta forma, en esos países fue posible combinar populismo de derecha y nacionalista

con globalismo y neoliberalismo. Sólo hasta la segunda mitad de la década de los ochenta quedó claro que Japón y Alemania eran los países en mejor posición para explotar el proceso de globalización, transformando el liderazgo de sus exportaciones en ventajas financieras y tecnológicas. No obstante, ya era muy tarde para detener el proceso.

En efecto, en este periodo el proceso de liberalización política y la transición a la democracia estuvieron asociados a políticas económicas liberales. Además, es necesario subrayar que la década de los ochenta estuvo caracterizada por la "crisis de la deuda", cuyo origen es consecuencia del aumento en las tasas de interés impuesto por Estados Unidos a principios de la década. La "política de ajuste económico" fue impuesta por el FMI, el BIRD, los bancos privados y por la presión de los gobiernos de los países industrializados a los deudores como forma de obligarlos a pagar intereses absurdos. En los países deudores dependientes esta política implicó una combinación entre el incremento de las exportaciones, apoyado en las devaluaciones cambiarias, y la disminución de las importaciones con base en la restricción del mercado interno, o sea, compresión salarial y restricción del crédito para el consumo. El superávit comercial, obtenido con el "ajuste", sirvió básicamente para el pago de los altísimos intereses internacionales. En la década de los ochenta, América Latina consumió una inmensa parte de su superávit comercial sin ninguna recompensa, ni siquiera con la amortización del principal de la deuda externa. Consecuentemente, los regímenes liberales y democráticos se restablecieron asociándolos a la depresión económica y a la concentración de la renta.

Si el contexto global del reciente proceso de democratización fuera analizado con atención, sería preciso ser muy ascético con relación a su carácter "espontáneo". Es necesario, por lo tanto, cuestionar nuevamente la idea de una onda democrática durante este periodo, tal y como lo sugirió Huntington (1994). Al contrario, en este periodo es posible notar un debilitamiento de las fuerzas democráticas y populares con el advenimiento de los cambios liberales, los cuales reforzaron las corrientes políticas y económicas conservadoras e incluso las reaccionarias. Al lado de las fuerzas conservadoras liberales, una *nueva derecha* está emergiendo con clara estructura ideológica populista y pro-fascista. La mejor expresión son los administradores del gobierno de Alberto Fujimori en Perú. En Brasil, el gobierno de Fernando Collor representó también un claro populismo de derecha.

Frente a la onda revolucionaria de los años sesenta y setenta, la respuesta fueron los regímenes militares que echaron mano de una estrategia de seguridad nacional. Frente a la victoria de estos regímenes y la emergencia del nacionalismo militar, desde comienzos de la década de los setenta se fomentaron regímenes democráticos liberales y civiles bajo el liderazgo de fuerzas conservadoras. El éxito de estos regímenes en la década de los ochenta favoreció políticas económicas salvajes de libre-mercado, las cuales arruinaron empresas nacionales y locales a favor de las corporaciones multinacionales, transnacionales e incluso globales. Este

proceso también estuvo caracterizado por la concentración de la producción y de la renta, la centralización del capital, el desempleo y la exclusión social.

La transición democrática, cada vez más postergada, comienza a ser asociada a la agitación social. En la actualidad, los movimientos democráticos están obligados a reconstruir un movimiento a favor de la justicia social, del pleno empleo y de un nuevo concepto de desarrollo en el que el problema ecológico sea uno de sus principales aspectos. No intervención, libre-mercado y otros emblemas del neoliberalismo fueron cada vez más asociados a llamados a la movilización social para defender a la clase media del Estado, de los altos impuestos y de otras exigencias injustas. Sin embargo, actualmente el desempleo, la exclusión social, la violencia y la agitación social están en el centro de la vida política.

El aumento de la exclusión en los países dependientes conduce a nuevos movimientos fundamentalistas como el renacimiento musulmán. En este caso, una experiencia civil y religiosa es utilizada para unir a las fuerzas excluidas como una manera de oponerse a la globalización controlada por el *establishment* internacional, creando una contra-ofensiva de carácter más reaccionario que revolucionario.

En un primer momento (de 1960 a 1970), el *establishment* opuso los regímenes militares a los movimientos sociales de reforma social; en un segundo momento (entre 1980 y 1994), opuso el proceso de liberalización y democratización (asociado a la globalización) a los regímenes militares (acusados de estatistas y nacionalistas). ¿Hasta cuándo la decepción por este tipo de democratización sin desarrollo social tendrá un carácter irreversible? ¿Cuál será la nueva política del *establishment* internacional? ¿Acaso éste apoyará a la democracia contra la movilización fascista o populista de derecha?

De cualquier manera, surgirá una nueva agenda política cuyos principales puntos serán: el pleno empleo, la reducción de la jornada de trabajo, la planeación socioeconómica global, el crecimiento de los movimientos sociales y su participación en los gobiernos, mayor participación de las minorías étnicas y sociales en el poder estatal, la preservación ecológica a nivel local, regional y global. ¿Acaso esta agenda es compatible con el concepto conservador que trata de restringir el proceso de democratización? Las fuerzas autoritarias y tecnocráticas fueron preservadas e incluso aumentaron su poder e influencia desarrollándose durante la transición democrática con el apoyo de las clases dominantes. Estas formas autoritarias de administración estatal están siendo combinadas con políticas económicas neoliberales. A diferencia de las propuestas teóricas y de los principios ideológicos y doctrinarios del neoliberalismo, los gobiernos de este tipo son profundamente intervencionistas, imponiendo superávits o déficits externos, altas tasas de interés, crecimiento y mantenimiento del déficit público (particularmente el estadounidense), etcétera. La coherencia con los principios liberales sólo es evidente en el recorte de los gastos del Estado de bienestar social (*Welfare State*). El abismo entre el Estado y los diferentes grupos de excluidos sociales está creciendo a nivel nacional e internacional. No se ve, por lo tanto, una evolución pacífica de la situación, a menos que ocurra un importante cambio de política.

Todas las cuestiones analizadas demuestran que no estamos en el Fin de la Historia. Lejos de eso, estamos construyendo una nueva y singular civilización planetaria que será una nueva síntesis de todo lo que la humanidad ha construido. El proceso actual de democratización debe ser entendido como el comienzo de un nuevo ciclo de contradicciones económicas, sociales y políticas. Sociedades locales, Estados nacionales, estructuras civiles, se mezclarán en un contexto de transición hacia una nueva civilización planetaria, en la cual las relaciones de mercado están imprimiendo una caótica realidad social e internacional. La nueva civilización creará la base de una nueva experiencia ideológica internacional. En este sentido, es necesario estar preparado para las nuevas tendencias, las nuevas ideas y los nuevos problemas.

Globalización, regionalización y políticas económicas en América Latina

Las rápidas y profundas transformaciones de la economía mundial y de las políticas internacionales originaron un nuevo fenómeno planetario que se produce a escala global a pesar de que se realiza a través de los contextos regional, nacional y local.

Este proceso de globalización se apoya en la revolución científico-técnica que dio inicio en la década de los cuarenta y que cambió radicalmente la relación entre la ciencia, la tecnología y el proceso productivo por medio de la sumisión de la producción a la tecnología, y de la tecnología a la ciencia. Esta revolución alteró violentamente las escalas de la producción (que actualmente se vuelven planetarias y regionales en diferentes áreas). En efecto, la revolución científico-técnica modifica el proceso de producción con la implantación de la automatización por medio de la robótica y de la informática, incrementa el periodo de descanso, disminuye la jornada de trabajo, amplía el papel de los servicios y de las actividades relacionadas con el conocimiento, la planeación y el *design* de productos volviéndolas flexibles e integradas con sistemas automatizados. Además de eso crea nuevos sectores, industrias y actividades económicas; transforma la relación entre los sectores económicos dando lugar a la Tercera Revolución Industrial; integra al planeta en un proceso instantáneo de comunicación y reduce las distancias entre las diferentes regiones del globo. Finalmente, la revolución científico-tecnológica altera el equilibrio ecológico tradicional y amenaza la sobrevivencia de la humanidad con el holocausto nuclear, el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono, el deterioro de los océanos, el aumento de la desertificación y otros procesos ecológicos planetarios.

En este contexto de rápidas transformaciones, las regiones del mundo que no participaron en el surgimiento de la producción y la circulación industrial y postindustrial están cada vez más lejos de los centros de poder mundial, ampliándose el abismo entre los productores de tecnología y conocimiento y los productores de productos primarios o hasta de los productores de manufacturas tradicionales. Las barreras de acceso al desarrollo crecen para los más débiles económica y

financieramente, mientras que la competencia entre los más poderosos monopoliza la lucha por la sobrevivencia, en estas condiciones de mutación permanente.

Las regiones más atrasadas en términos tecnológicos percibieron que son presas de un doble movimiento perverso. Por un lado, el avance de las nuevas tecnologías y de los sistemas productivos eliminó los resquicios de economías de subsistencia (campesinas, tribales, artesanales, de intercambio simple, etcétera) empujando a una buena parte de la población hacia las regiones urbanas. Por otro lado, la ausencia de una dinámica global de desarrollo, es decir de una industrialización equilibrada, de producción de nuevas tecnologías, de una dinámica educacional más moderna, integrada con las culturas locales, y la creación de empleos que se generalizaron con la revolución científico-técnica, etcétera, no permite la absorción de esta población en el sistema productivo moderno que se está creando en estos países. El resultado ha sido la explosión de ciudades que no cuentan con una buena infraestructura urbana y el crecimiento del fenómeno de la miseria socioeconómica urbana (reconocido por la ILO, la UNDP y otras organizaciones internacionales dedicadas al estudio del problema).

América Latina y el Caribe –Brasil en particular– fueron subyugados a esta dinámica en el preciso momento en que trataban de implementar un nuevo estadio de desarrollo industrial. En la década de los ochenta, el volumen de la deuda externa de ambas regiones se alteró drásticamente en función de la elevación de las tasas de interés y de la consecuente suspensión de nuevos préstamos, ocasionando una retracción de las fuentes financieras para el pago del servicio de la deuda, de la remesa de la ganancia de las compañías multinacionales y de la inversión externa de los capitales locales, cuyo efecto fue la exportación masiva del excedente económico producido en la región. Todo eso provocó el desajuste de los mercados financieros locales, deteriorando las finanzas públicas y las políticas monetarias, colocando a estos países en una situación inflacionaria anual de tres dígitos cercana a la hiperinflación. El ajuste económico impuesto por las autoridades y potencias financieras internacionales (especialmente por el Banco Mundial y el FMI) implica enormes costos sociales. Con el fin de garantizar el pago del servicio de la deuda fue necesaria la creación del superávit comercial. Por un lado, el superávit fue obtenido por medio de generosos subsidios concedidos por los Estados nacionales, con el objetivo de expandir las exportaciones. Por otro lado, la inestable inversión interna fue comprimida por altas tasas de interés y los salarios drásticamente reducidos. Consecuentemente, la demanda interna cayó y las importaciones fueron limitadas. En estas circunstancias, hubo una reducción de las inversiones internas y externas afectando de manera severa los índices de desarrollo económico, provocando una negativa distribución de la renta, y marcando la terrible realidad de la pobreza en América Latina y el Caribe.

De este modo, la década de los ochenta reforzó nuestra integración subordinada y dependiente a la economía mundial al incrementar nuestra dependencia de las exportaciones –aunque sean cada vez más exportaciones industriales– mientras que excluyó a amplios sectores del proceso productivo, ampliando la

marginación socioeconómica y reforzando la economía informal. En comparación con el periodo histórico previo (en el cual las recesiones económicas ampliaban las economías de subsistencia volviéndolas una reserva de trabajo), en la actualidad, marcada por una fuerte mercantilización de toda la producción, se vive una disminución drástica de las tradicionales economías de subsistencia y la creación de un nuevo tipo de marginación (reforzada por el aumento de la criminalidad y del enriquecimiento con actividades ilícitas tales como el narcotráfico, el contrabando, la prostitución, el secuestro y los asaltos urbanos cada vez mejor organizados), atenuada por una economía informal que, a pesar de ser elogiada por las organizaciones internacionales, está muy cercana a la criminalidad, a la marginalidad y a las actividades ilícitas descritas arriba.

En la década de los noventa, la tasas de interés internacionales cayeron verificándose un alivio en las presiones por el pago de la deuda externa y también a consecuencia de varias negociaciones que culminaron en acuerdos conciliatorios. Las políticas de ajuste, por consiguiente, asumieron un sentido opuesto. La necesidad de equilibrar la balanza de pagos estadounidense, amenazada por un enorme déficit comercial, impuso a los países dependientes la implantación de políticas de déficit comercial. La nueva política económica consiste en la valorización de las monedas (por medio de la famosa ancla cambiaria), en el aumento indiscriminado de las tasas de interés de la deuda pública y en la venta del patrimonio público conocida como "privatización" de la economía. Consecuentemente, las exportaciones cayeron, las tasas de crecimiento disminuyeron y las importaciones aumentaron, produciendo "déficits" comerciales que son compensados por la entrada de capital de corto plazo en busca de intereses altos y de la especulación financiera provenientes de indicadores macroeconómicos de corto plazo favorables. Esta política prácticamente no tuvo restricciones hasta la crisis de México de diciembre de 1994, aunque todavía no ha sido totalmente abandonada.

Frente a este escenario, las cuestiones pendientes son: ¿hasta qué punto es posible y conveniente continuar un proceso de globalización de la economía mundial que causa una situación inmediata tan inestable y negativa? ¿Sería, no obstante, posible o conveniente detenerlo? Al interrumpirlo, ¿no se generaría una crisis todavía más aguda? ¿Existen formas alternativas a la evolución del proceso de globalización y a la inserción de los países en desarrollo (especialmente de América Latina y del Caribe) en el proceso?

Programa de estudios

En la actualidad, los principales estudios en el hemisferio Sur están concentrados en el análisis de estas cuestiones. Es necesario, no obstante, entender que las respuestas dependen cada vez más de un análisis correcto de las tendencias globales descritas anteriormente. En este sentido, existe una importante área de investigación y enseñanza a ser desarrollada en común con la *intelligentia* del Norte. Por lo tanto, es necesario un amplio esfuerzo común para:

1. Establecer bases conceptuales que permitan describir el proceso de globalización en las dimensiones que lo caracterizan, a saber: a) técnico-productiva; b) político-estratégica, y c) cultural: hábitos y costumbres.

2. Determinar cuáles son las tendencias de la evolución de la economía mundial en la actualidad, con base en las siguientes hipótesis:

a) La revolución científico-técnica eleva las escalas de producción a proporciones planetarias, une la producción a la ciencia, inclusive a la ciencia pura y a la frontera científica; diversifica los mercados, la calidad y la oferta de productos, y se vincula íntimamente a la acumulación de capital y al desarrollo económico cuya sustentabilidad se pone en cuestión.

b) La acción de las ondas largas (ciclos de Kondratiev) ha llegado al fin de su curva negativa en la economía mundial, que comenzó en 1967 y alcanzó su punto más bajo en 1993. Desde 1994 se inicia un nuevo periodo de incremento positivo, las economías nacionales serán capaces de asimilar un gran número de innovaciones científicas y tecnológicas preparadas durante el largo periodo de recesión. Además, la pronta incorporación de nuevas tecnologías productivas se inició durante la recesión de la década de los ochenta, cuando la robótica y la producción flexible tuvieron una enorme aplicación en la producción y en los servicios.

c) El nuevo periodo de crecimiento, según la teoría de las ondas largas, sería relativamente estable por un largo tiempo. Aún así, da inicio asociado a un serio problema de desempleo estructural como consecuencia del enorme avance de la automatización del proceso productivo y de varias actividades de servicio. Las principales cuestiones a considerar serán: periodo de descanso, disminución de la jornada de trabajo (horas de trabajo diario), aumento del tiempo libre, cambios en el sistema de monitoreo de los niveles micro y macroeconómicos cada vez más globalizados, reestructuración del universo de las empresas, de las instituciones y de la administración pública frente al aumento de la exclusión social, de la violencia criminal, del consumo de drogas, de la degradación ambiental y otras manifestaciones de la exclusión creciente y del desarrollo desigual de la renta, de los desajustes básicos, de las contradicciones esenciales a ser solucionadas como consecuencia de esta nueva era histórica.

d) Las tendencias a la monopolización y oligopolización de los mercados locales, nacionales, regionales y globales, se cruzan con la formación de bloques regionales, el aumento del comercio intrafirmas, la creciente cooperación entre las corporaciones multinacionales y la formación de redes y mecanismos de administración apoyados en la informatización radical.

e) La cuestión de la gobernabilidad de estas nuevas realidades a escala global, regional y nacional, conducirán a una reestructuración institucional y organizacional internacional, afectando particularmente a la ONU y a las organizaciones internacionales, y a una reconstrucción de las políticas económicas e industriales globales.

f) La definición de un proyecto global de desarrollo sostenible capaz de garantizar la preservación y el mejoramiento del medio ambiente y de asegurar la eliminación de la pobreza y de la miseria en un periodo de tiempo históricamente definido.

3. Incrementar la capacidad del sistema internacional de investigación, particularmente de las instituciones de países menos desarrollados de América Latina, el Caribe, África y Asia, para:

- a) diagnosticar esta situación global y sus propios intereses;
- b) aumentar la capacidad de las élites políticas, económicas, empresariales, académicas, tecnológicas y militares, para que perciban los cambios globales y las relaciones de sus regiones en el planeta y con otras regiones del mundo, y
- c) determinar y establecer políticas de integración regional y de desarrollo sustentable capaces de superar los actuales límites económico-sociales por una política coherente y disciplinada que les permita colocarse en un nivel de civilización compatible con la revolución científico-técnica.